

Hacer la guerra

Joseph Maïla*

LA decisión de hacer frente a las perversas iniciativas de un depurador étnico no es tarea fácil para las democracias. No por el hecho de que en un determinado caso una intervención armada y determinada pueda levantar objeciones decisivas acerca de la legitimidad o su necesidad. Pero hacer la guerra implica colocarse en el mismo terreno de aquel a quien se combate y renunciar, al menos de modo provisional, al lenguaje del reconocimiento y de la civilidad que es el de la razón, el del intercambio, el de la política. Hacer la guerra implica infligir al enemigo, para obligarle a ceder y plegarse, una violencia igual o incluso mayor que la que el enemigo impone a sus víctimas. Por decirlo brevemente, implica coincidir con el enemigo en la violencia, que inicialmente era suya, esperando poder romperla para hacerla desaparecer como forma de mediación y relación entre los hombres. Para las democracias hacer la guerra es aceptar en definitiva que la interrogación es inseparable de la decisión y que, por paradójico que pueda parecer, la crítica de las armas acompaña al recurso de las armas.

Éstos son los aspectos que afloran en el debate cuando se evoca la decidida respuesta de la Alianza Atlántica en Kosovo frente a la actitud del pre-

* Esta colaboración del autor, en la revista *Études* de los jesuitas franceses (París, 1999, n.º 3905, págs. 581-586), aparece aquí ligeramente condensada y subtitulada (N. de la R.).

sidente Slobodan Milosevic. Heraldo de un nacionalismo serbio exarcebado y laminado por las guerras que él ha desencadenado y perdido en Eslovenia, Croacia y Bosnia, el presidente yugoslavo fuerza a atrincherarse en los últimos reductos territoriales y simbólicos, en el feudo de la nación serbia, como le gusta subrayar a la propaganda de Belgrado. El presidente Milosevic, al rechazar los Acuerdos de Rambouillet que los representantes kosovares, pacifistas o guerrilleros, a pesar de sus protestas y sus divergencias, se vieron obligados a firmar, situaba a su país en un bunker diplomático. Este rechazo del presidente yugoslavo sólo se podía interpretar como la pretensión de mantener la hegemonía serbia en Kosovo, como una negativa a reconocer la identidad y la autonomía albanesa y, en definitiva, como un rechazo de la coexistencia. Esta actitud contenía ya todas las amenazas que se cernían sobre este trozo de tierra, situado étnicamente entre Albania y Serbia.

¿La guerra como única solución?

FRENTE a todo esto, ¿era necesario hacer la guerra? Si la guerra significa la voluntad claramente fijada de oponerse a aquella opresión que pretende aniquilar un pueblo, despreciar sus derechos y sacudir un equilibrio étnico difícil en la Europa balcánica, entonces el recurso a la fuerza parece justificado. Este recurso extrae su legitimación del deber de prestar asistencia a una población en peligro y al mismo tiempo de la necesidad de preservar la estabilidad de un continente, amenazado en su camino.

¿Era necesario hacer una guerra antes de haber precisado los objetivos concretos? Porque, entre la protección humanitaria de los kosovares, la «liberación» de Kosovo para establecer allí la autonomía prevista por los Acuerdos de Rambouillet, la destrucción de la maquinaria de guerra yugoslava y la expulsión de Milosevic por la fuerza, las finalidades de la guerra son múltiples. Estas finalidades requieren tanto estrategias diferenciadas como prioridades diversas. En esta coyuntura, el medio preferido, el de asestar golpes en territorio esencialmente serbio, no ha contribuido a asegurar la protección de los kosovares. Al cabo de unas semanas de bombardeos, el sufrimiento de los kosovares, su «martirio» —para emplear la muy justa expresión de Juan Pablo II— es de una dimensión insospechada. Hacer culpable de esto a la Alianza Atlántica cuando se conocen por experiencia los negros designios y la fría determinación del autócrata de Belgrado, sería injusto. Pero

exculpar a las fuerzas aliadas de cualquier responsabilidad con respecto a lo que ellas han podido permitir, parece excesivo. Si la intervención de Kosovo tenía un sentido era el que le podía dar la injerencia humanitaria. Pero entonces ¿no hubiese sido preferible poner a Kosovo bajo protección antes que exponerlo a verlo vacío de población y a tener que pagar el precio de su conquista si se quiere que vuelva la población que fue expulsada de ese territorio?

¿Qué guerra y qué paz?

ESTA cuestión crucial no puede separarse de otras dos, igualmente importantes: una es la naturaleza de la guerra que la OTAN hace en Kosovo y la otra, la naturaleza de la paz que prepara.

La guerra que la Alianza Atlántica está haciendo contra la política de depuración étnica de Slobodan Milosevic es presentada muy a menudo como la guerra de toda la comunidad internacional. Afirmación intempestiva cuando se sabe que esta guerra no ha sido autorizada por ningún mandato expreso de Naciones Unidas y que algunos Estados de entre los más importantes del planeta son contrarios a esta guerra. Valerse de un estado imperioso de seguridad regional no valdría para justificar el hecho de esquivar a la ONU. Más que de un argumento de necesidad se trata de una cuestión de principio: el precedente que hoy crea Occidente podrá ser utilizado para evitar mañana cualquier debate ante una instancia internacional y para, en nombre de valores, derechos o intereses superiores, negar toda consulta de la comunidad internacional que por lo menos hasta este momento, está representada por la ONU. Se dirá que la defensa de la democracia y de los derechos humanos no podría detenerse ante las barreras de la soberanía de los estados o frenarse ante las barreras de una legalidad internacional, considerada obsoleta e incapaz para mantener o restaurar la seguridad de los pueblos y de los individuos. ¿Se favorece mejor, por ello, el nacimiento de un orden internacional más justo y más adaptado si se ignora el marco de la única institución universal, cuya vocación es la de entender de los problemas de la paz y de la guerra? ¿No hubiese sido mejor trabajar para concertar unas normas comunes de intervención, asociando a la otra Europa, especialmente Rusia, a la formación de una fuerza activa y disuasoria de interposición en Kosovo? ¿Se han explorado suficientemente los senderos de una solución de paz consensuada? ¿No sería necesario impedir que se pueda escribir algún día que la voluntad de la Europa Atlántica o los Estados Unidos, de seguir

siendo en los Balcanes los dueños del juego político, haya podido aparcar a la sombra algunas oportunidades para la paz...?

Lo más urgente que nos queda es evocar la naturaleza de la paz a la cual, antes o después, tendrá que abrirse la crisis de Kosovo. Esta paz pasa, y no hay que perderlo de vista, por la capacidad de los pueblos para reencontrar los resortes de una coexistencia perdida. En el fondo, en el conjunto de los Balcanes el conflicto refleja una crisis de modelos políticos en los cuales mal que bien habían encajado nacionalidades muy distintas. La desaparición de la antigua Yugoslavia ha alimentado, en la duda y el temor, nacionalismos étnicos que se excluyen mutuamente, que reivindicán trozos de territorio marcados por el sello de una identidad tan imaginaria como brutal. Bosnios, serbios, croatas o albaneses no son denominaciones ideológicas, como parece hacer creer una guerra que acaba distinguiendo los «buenos» de los «malos», sino designaciones étnicas o nacionales. Por esto el aplastamiento de unos no significará el triunfo duradero de los otros sino más bien la creación de un nacionalismo revanchista que chocará de frente con un nacionalismo arrogante. Por esto la guerra no será nunca sino una solución parcial, que podrá poner término a una serie de asesinatos e invertir la relación de fuerzas, pero será incapaz de refundar una sociabilidad y nuevos valores. Sólo la paz es una construcción ética. Una guerra, a veces necesaria, puede conducir hacia la paz, pero nunca ser su fundamento.